

ISHIGURO. LOS RESTOS DEL DÍA

Un éxito en este club de lectura, nadie expresó un juicio negativo sobre ella. Novela de amor, novela de marcado acento inglés. Novela muy británica que hizo que algún lector se lanzase a contar anécdotas del año que pasó en Inglaterra: "veintidós añitos tenía y aprendí muchas cosas, la forma en que se deben podar los rosales y segar el césped, según la señora inglesa, claro; y cómo salvar las arañas de morir ahogadas en una bañera".

Los rasgos psicológicos del mayordomo, dueño de una disciplina férrea que le obliga a no abandonar el trabajo, incluso cuando su padre se está muriendo: no deja el servicio "para los señores importantes que recibe su señor en la casa".

Este mayordomo entregado sólo a su profesión reprimirá cualquier atisbo de sentimientos y desdeñará todo tipo de emociones; coincidimos todos los lectores del club en que este personaje a nuestros ojos se presenta "como un ser incomprensible", incluso algún lector le calificó de incapacitado emocional, otros de torpe, de inseguro, de frío.

Obsesionado por su oficio de mayordomo, le costará aceptar el pasado nazi de su señor. Todos acudimos al carácter británico del mayordomo para explicar la ausencia de emociones y debilidades. Una decisión de vida marcada por la lealtad a unos valores y a una sociedad donde el mayordomo busca la perfección.

El argumento es sencillo: Stevens decide hacer un viaje para visitar a miss Kenton, de quien sabe que se ha separado y de quien piensa que tiene deseos de volver a la gran casa en que había trabajado como ama de llaves antes de casarse. Emprende el viaje -su primera salida al mundo- donde el paisaje inglés cobra un indiscutible protagonismo: reflexiones sobre él, que adquieren solidez narrativa y que el lector no percibe como prescindibles o superfluas, sino como párrafos de auténtico estilo literario.

Hubo lectores, entre los que me hallo, que por encima de la historia de amor no confesado del mayordomo y del ama de llaves, sitúan la belleza del paisaje y el descubrimiento del mundo que siempre implica un viaje: errores, torpezas, olvidos como el de echar gasolina que tejen un discurrir narrativo de tono entrañable en ciertos momentos.

Pero volvamos al argumento, cuando Stevens llega finalmente a la ciudad donde vive miss Kenton y tras un par de horas de conversación confirma que ella va a seguir con su marido y que, de ninguna manera, tiene intención de volver a su antiguo oficio de ama de llaves.

En este punto, el narrador despliega el abanico de las revelaciones y también de los errores: el mayordomo tendrá que aceptar, dicho coloquialmente, que perdió el tren -apremiado por la certeza de que su vida podía haber sido otra muy diferente- y, por su parte, miss Kenton reconoce que, con el paso del tiempo, sí ha llegado a amar a su marido. Entonces sólo cabe la despedida.

Asistimos, por tanto, a un desenlace, con cierta sonrisa y exclamamos: ¡a buenas horas, hace algo!

Inevitable que hiciésemos una pausa, después de este final, para reflexionar sobre los aciertos y errores que implica vivir: ese tren que pudimos perder, aquella palabra que hubiésemos tenido que decir y no dijimos; la persistencia en decisiones equivocadas de las que no pudimos o no supimos salir.

...Y siempre algún lector que pone voz al amor. O a la lealtad.
Al fin y al cabo uno no puede dejar de ser lo que es.

Fe González Velasco